





*El Talmud de Viena*



G. H. Guarch

*El Talmud de Viena*  
*Algo más que un sueño*



ALMUZARA

© GONZALO HERNÁNDEZ GUARCH, 2014

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2014

Primera edición: mayo de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN NARRATIVA

Director editorial: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

Edición de ANTONIO DE EGIPTO

[www.editorialalmuzara.com](http://www.editorialalmuzara.com)

[pedidos@editorialalmuzara.com](mailto:pedidos@editorialalmuzara.com) - [info@editorialalmuzara.com](mailto:info@editorialalmuzara.com)

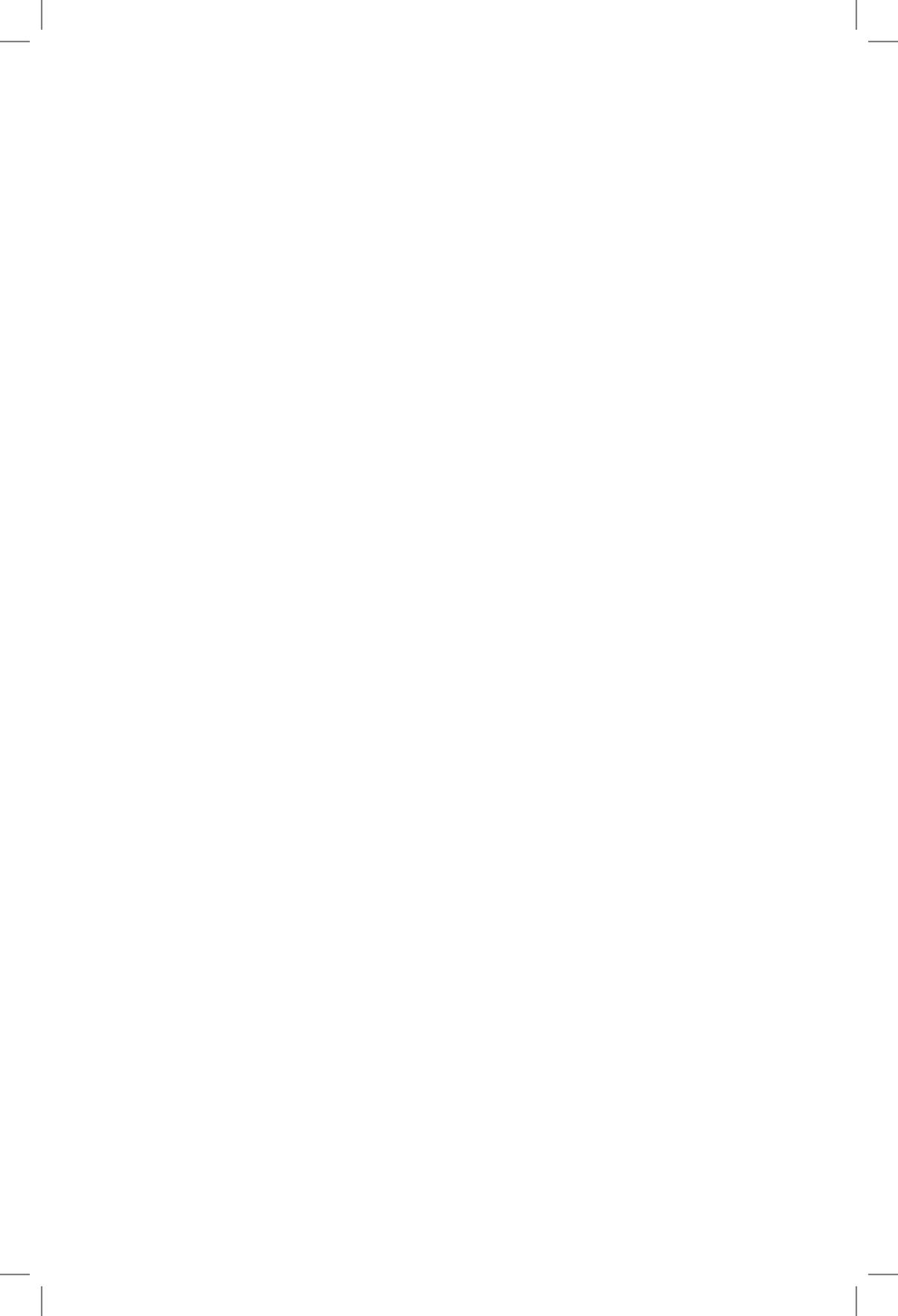
Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-16100-33-0

Depósito Legal: CO-740-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*Este libro está dedicado a Adela Nacmías, a su hermano Davide, y a sus padres Rafael y Margarita, perseguidos y escapados de la opresión nazi. También está dedicado al Pueblo de Israel y a todas las víctimas de la barbarie nazi, especialmente a aquéllos que con su sacrificio nos dejaron un precioso ejemplo: no rendirse jamás ante la injusticia y la opresión.*



# ÍNDICE



ÁRBOLES GENEALÓGICOS .....	17
----------------------------	----

**PRIMERA PARTE: UNA GRAN FAMILIA  
DESDE EL TRATADO DE VERSALLES HASTA LA TOMA DE  
PODER DE ADOLF HITLER (1919-1933)**

1.— Selma Dukas (Versalles-Viena, junio 1919) .....	23
2.— El mundo de Paul Dukas (Viena-París, junio 1919) .....	31
3.— Salomón Dukas (Besarabia, finales del XIX-Viena, mediados 1919) .....	38
4.— El legado sefardí (Tesalónica, 1917-Viena, junio 1919) .....	47
5.— Los Wilhelm, los Lamberg y los Edelberg (Berlín, 1890-1920) .....	53
6.— Los Gessner (Kiel, 1910-Viena, 1920) .....	65
7.— Partir de cero (Tesalónica, mediados 1921) .....	77
8.— Las SA, las tropas de asalto (Kaulsdorf, 1921-Berlín, noviembre 1922) .....	79
9.— Markus Gessner (Viena y Florencia, febrero 1922) .....	83
10.— La ambición de Stefan Gessner (Berlín 1918-1922) .....	86
11.— Un caballero de los de antes (Berlín, 1922) .....	89
12.— Comienza el drama (Berlín, 1922) .....	90
13.— «El Estado Judío» (Tesalónica, diciembre 1922-enero 1923) .....	92
14.— «Goldman & Goldman» (Viena, febrero 1923) .....	97
15.— El sionista (Palestina, verano 1923) .....	102
16.— María Gessner y Kurt Eckart (Viena, mayo 1923) .....	105
17.— Un viaje a Munich (Munich, noviembre 1923) .....	114
18.— El putsch de Munich (Munich, 8 y 9 de noviembre 1923) .....	122
19.— Adiós a una época (Berlín, noviembre 1923) .....	131
20.— Eva Gessner (Viena, Navidad, 1923) .....	137
21.— Una lección de historia en una nueva vieja tierra (Palestina, enero 1924) .....	144
22.— La herencia (Viena, junio-julio 1924) .....	149
23.— Una nueva vida (Berlín, otoño 1924-Munich, febrero 1925) .....	156
24.— El fascio (Bolonia-Linz, primavera y verano 1925) .....	164
25.— Hannah Richter (Berlín, mayo 1925) .....	168
26.— El préstamo (Berlín, julio 1925) .....	173
27.— Prusianos y bávaros (Berlín y Hannover, septiembre -noviembre 1925) .....	177
28.— La piedra (Viena y Varsovia, octubre 1925) .....	181
29.— ¡Un pueblo, un Reich, un Führer! (Varsovia y Berlín, diciembre 1925) .....	200
30.— Un hombre indispensable (Munich, finales 1926-enero 1927) ..	206
31.— La guarida del lobo (Berchtesgaden, mayo 1927) .....	209
32.— La vocación de Selma Goldman (Tel Aviv y Tesalónica, abril 1927) .....	214

33.— La maldición del rabino (Dubossati, Besarabia, 1893 -Viena 1927) .....	217
34.— La herencia sefardí (Tesalónica, julio y agosto 1927) .....	221
35.— El día del partido (Núremberg, agosto 1927) .....	224
36.— La carta de Ada Rothman (Viena, enero 1928) .....	226
37.— Werner Scharf (Berlín y Sassnitz (costa del Báltico, marzo 1928) .....	231
38.— Los malos espíritus (Viena, mayo 1928).....	235
39.— Una simple coincidencia (Berlín, febrero, marzo 1929) .....	241
40.— Una cuestión de tiempo (Viena, octubre 1929) .....	244
41.— Libre de sospecha (Munich y Berlín, diciembre 1929) .....	248
42.— La llamada de la sangre (Viena, diciembre 1929).....	255
43.— La pura verdad (Berlín y Cuxhaven, marzo a agosto 1930) .....	259
44.— Una reunión familiar (Viena, septiembre 1930) .....	267
45.— Un secreto desvelado (Viena, noviembre 1930) .....	273
46.— Tres hombres discretos (Berlín-Viena, primavera 1931).....	282
47.— Dos mujeres sionistas (Viena y Tesalónica, verano 1931) .....	290
48.— La conferencia de Dusseldorf (Dusseldorf, enero 1932) .....	296
49.— El crimen (Linz, agosto y septiembre 1932).....	302
50.— Un perfecto escenario (Núremberg, principios 1933) .....	309
51.— Adolf Hitler, canciller del Reich (Berlín, final enero 1933) .....	313

**SEGUNDA PARTE: EL ALMA DEL DIABLO  
DESDE LA CONSTITUCIÓN DEL TERCER REICH HASTA  
LA NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS (1933 -1939)**

52.— El Tercer Reich (Viena y Linz, febrero 1933).....	321
53.— Una nueva época (Berlín, febrero 1933) .....	323
54.— La intuición de Rachel (Viena, febrero 1933) .....	327
55.— Un Reich, un Führer (Berlín, final mayo 1933).....	332
56.— La hoguera de Opernplatz (Berlín, 9 y 10 de mayo 1933).....	337
57.— Dachau (Campo de prisioneros de Dachau, junio 1933) .....	349
58.— Una reunión con Goering (Berlín, 14 de julio de 1933).....	353
59.— Testigos de cargo (Tesalónica, agosto 1933) .....	355
60.— El acuerdo (Linz, Dachau y Viena, septiembre 1933) .....	360
61.— Una reunión aclaratoria (Viena, enero 1934).....	365
62.— El programa secreto (Dachau-Berlín, abril y mayo 1934) .....	374
63.— El libelo (Berlín, julio 1934).....	378
64.— La noche de los cuchillos largos (Bad Wiessee, Munich, 30 junio 1934).....	381
65.— La crisis austríaca (Viena, finales de julio 1934) .....	383
66.— El médico judío (Sassnitz y Berlín, agosto 1934).....	386
67.— El triunfo de la voluntad (Núremberg y Berlín, septiembre 1934) .....	390

68.— La visita de Ilse (Peenemünde, enero 1935) .....	396
69.— «Der Stürmer» (Berlín, marzo y abril 1935) .....	408
70.— Ada Amiad y Ariel Nahmias (Tsalónica, verano 1935) .....	410
71.— El campo Zeppelin (Núremberg, septiembre 1935).....	414
72.— Días contados (Tsalónica, marzo 1936) .....	424
73.— Una reunión preparatoria (Berchtesgaden, abril 1936) .....	429
74.— Libertad de elegir (Berlín, del 1 al 16 de agosto 1936) .....	432
75.— Sachsenhausen (Oranienburg, diciembre 1936).....	440
76.— Eugenesia (Viena, abril 1937) .....	445
77.— Arte degenerado (Munich, julio 1937) .....	447
78.— La conferencia secreta (Berlín, 5 de noviembre 1937) .....	453
79.— Moshe Zeev (Tsalónica, febrero 1938).....	457
80.— El «Anschluss» (Viena, marzo 1938) .....	464
81.— La Conferencia de Evian (Evian, Suiza, julio 1938) .....	472
82.— Un negocio redondo (Viena y Berlín, noviembre 1938) .....	476
83.— La noche de los cristales rotos (Berlín, 9-10 noviembre 1938)...	483

### TERCERA PARTE: ARMAGEDÓN

#### DESDE EL APOGEO NAZI HASTA LA CAÍDA DE BERLÍN (1939-1945)

84.— Regreso a Linz (Viena, Linz y Praga-febrero 1939) .....	497
85.— El lugar donde acaban las discusiones (Viena-febrero 1939).....	503
86.— La «Oficina de emigración» (Praga-julio 1939) .....	507
87.— El pacto secreto (Moscú-26 de agosto 1939) .....	519
88.— La ética de la guerra (Gobierno General, Polonia -septiembre 1939) .....	531
89.— El hombre del SIS (Berlín-final de septiembre 1939) .....	535
90.— La huida (Viena y Feldkirsh-marzo 1940) .....	537
91.— Constanze von Sperling (Lübeck-verano 1940) .....	545
92.— Botín de guerra (Varsovia-octubre 1940) .....	567
93.— El gueto judío (Varsovia-diciembre 1940) .....	572
94.— Operación «Marita» (Tsalónica-abril 1941) .....	586
95.— Operación «Barbarroja» (Berlín y Ucrania-junio 1941) .....	590
96.— Babi Yar (Kiev, Ucrania-29 y 30 septiembre 1941).....	602
97.— Noche y Niebla (Tel Aviv-7 diciembre 1941).....	610
98.— La guerra mundial (Berlín-7 de diciembre 1941) .....	612
99.— Wannsee (Wannsee, Berlín-20 de enero 1942).....	615
100.— Una terrible venganza (Timmendorfer Strand y Sobibor-abril 1942) .....	624
101.— Mauthausen (Mauthausen y Viena-mayo 1942) .....	633
102.— La revelación del holocausto (Londres-septiembre 1942).....	646
103.— La guerra de las ratas (Stalingrado-febrero 1943).....	653
104.— El exterminio (Tsalónica y Auschwitz-febrero 1943).....	658

105.— ¡Stop Hitler Now! (Nueva York, EEUU-marzo 1943) .....	662
106.— La rebelión del gueto (Varsovia-abril y mayo de 1943) .....	667
107.— El azar (Stalingrado y Sicilia-mayo de 1943) .....	673
108.— En busca y captura (Berlín, Viena y Zúrich-agosto 1943) .....	677
109.— Una cuestión de orden (Berlín-octubre 1943) .....	683
110.— El caso de David Edelberg (Berlín y Auschwitz -noviembre 1943) .....	688
111.— El agente doble (Londres y Moscú, diciembre 1943 -enero 1944) .....	695
112.— El batallón judío (Yugoslavia, febrero y marzo 1944) .....	698
113.— Operación Overlord (Normandía, Francia-5 y 6 de junio 1944) .....	700
114.— Los fugitivos (Elmen y Timmendorfer Strand, agosto 1944) ....	704
115.— El colaboracionista (Viena, Tel-Aviv-noviembre y diciembre 1944) .....	710
116.— Yalta (Londres y Yalta, Rusia-febrero de 1945) .....	714
117.— El día del juicio final (Berlín-30 de abril, 8 de mayo 1945) .....	719
118.— Descubriendo el horror (Polonia y Alemania, primavera 1945) .....	723

#### CUARTA PARTE: LA COLINA DE SIÓN DESDE EL FINAL DE LA GUERRA HASTA LA CREACIÓN DEL ESTADO DE ISRAEL (1945-1948)

119.— El león de Judá (Tel- Aviv, junio 1945) .....	731
120.— Israel Zhitlovsky (Tel-Aviv, noviembre 1947) .....	737
121.— El cumplimiento de un sueño milenarío (Tel-Aviv, Residencia de Pola y David en Gurión, madrugada del 14 de mayo 1948) .....	739
122.— El relato de H. Richter (Tel Aviv, Boston, N. York, Berlín 1960) .....	760

#### EPÍLOGO:

##### COSIENDO EL PATCHWORK

1960-1962

123.— El último cuadro del patchwork (Leipzig, St. Margarethen y Cuxhaven-De febrero a septiembre 1961) .....	775
--	-----

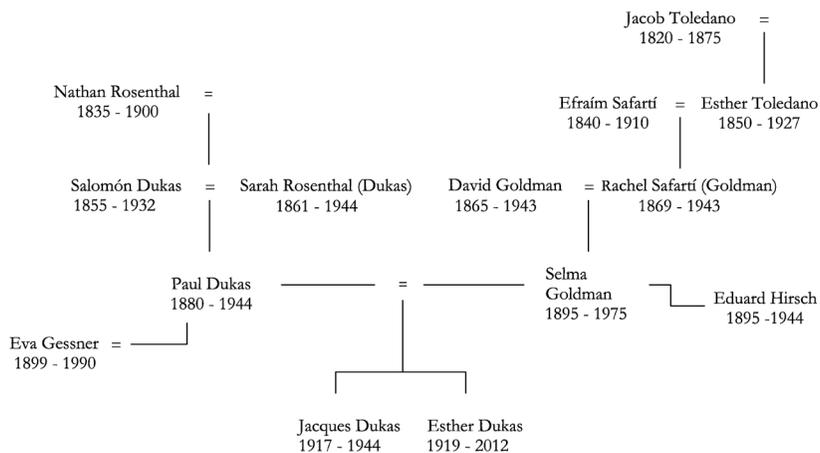
PERSONAJES DE FICCIÓN.....779

PERSONAJES HISTÓRICOS .....785

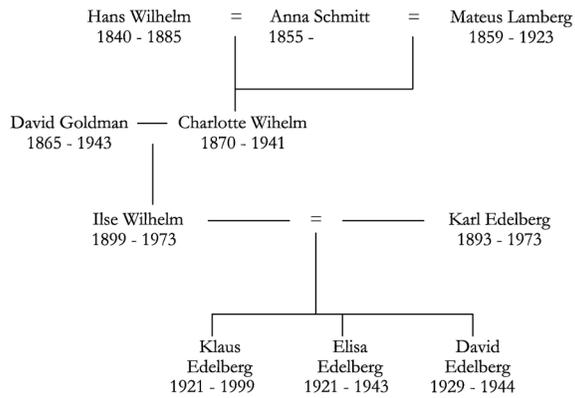
*El Talmud de Viena* es una narración histórica novelada acerca de los hechos sucedidos a la población judía de Europa Central y la U.R.S.S. en el periodo desde la firma del Tratado de Versalles hasta 1948, con la creación del Estado de Israel. Los protagonistas son ficticios y cualquier similitud con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia. Aunque los hechos históricos fundamentales son verídicos, en algún caso han podido ser adaptados a la ficción. La historia es como un espejo roto y oscuro que nos permite vislumbrar quiénes somos. Esta historia es un homenaje a mujeres representadas por las protagonistas de la historia: Selma Goldman, Esther Dukas, Lowe Lowestein, Hannah Richter, Constanze von Sperling, Angélica von Schönhausen, Ilse Edelberg, y miles y miles de mujeres que hicieron lo que tenían que hacer, cuando solo imaginarlo parecía imposible. Este libro es como un patchwork de recuerdos, un homenaje a los que soñaron alguna vez con la Tierra Prometida, a los que se quedaron en el camino y no pudieron llegar a la Colina de Sión, a todos aquellos para los que fue algo más que un sueño.



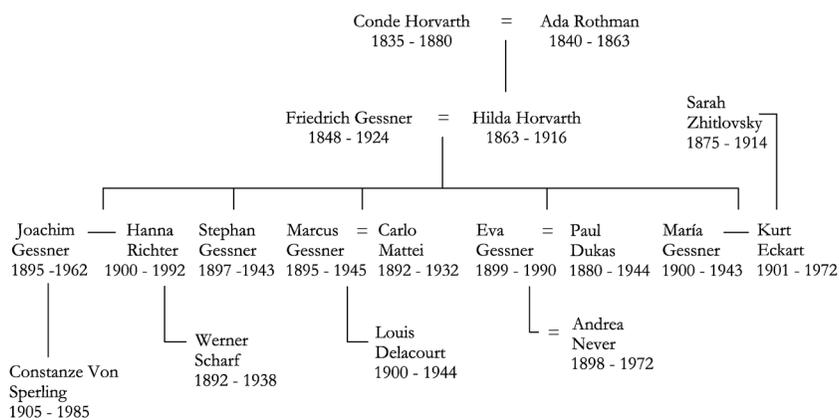
## FAMILIA GOLDMAN-DUKAS



## FAMILIA EDELBERG



# FAMILIA GESSNER





PRIMERA PARTE:  
UNA GRAN FAMILIA  
DESDE EL TRATADO DE VERSALLES  
HASTA LA TOMA DE PODER DE  
ADOLF HITLER (1919-1933)



## 1.— SELMA DUKAS

(VERSALLES-VIENA, JUNIO 1919)

Esther Dukas nació el veintiocho de junio de 1919, el mismo día y casi a la misma hora en que se estaba firmando el Tratado de Versalles. Su madre notó los primeros síntomas del parto cuando ya se estaba preparando para salir de la casa en la que residía aquellos meses en Ville d'Avray, un pequeño pueblo muy cercano a Versalles, y dirigirse como todos los días en el único taxi del lugar al Palacio del Trianón. Allí debía asistir como traductora personal al primer ministro de Grecia, Eleftherios Venizelos, en aquellas transcendentales horas finales de la larga y compleja conferencia que culminaba los acuerdos exigidos por los países vencedores sobre los vencidos en la Gran Guerra.

Selma Dukas rompió aguas mientras aguardaba en la puerta a monsieur Goujón, el taxista, a las siete de la mañana como todos los días laborables. La imprevista situación la cogió por sorpresa, ya que el parto tendría que haber tenido lugar a finales de agosto, cuando se cumplirían los nueve meses naturales. A pesar de su avanzado embarazo tenía planeado asistir a la última ceremonia, despedirse de todos y tres días más tarde abandonar Ville d'Avray, para dirigirse a la Gare de Lyon, en París, y viajar a Viena en el «Orient Express». Una vez allí pensaba aguardar tranquilamente en su hogar a que llegase el momento, tras culminar aquellos

ajetreados meses durante los que había conocido a los más importantes hombres de estado, y vivido una emocionante e intensa experiencia humana.

Era lo que había pactado seis meses antes con el jefe de gabinete de Venizelos, cuando resultó elegida como su traductora personal durante el tiempo que durase la conferencia. Se había comprometido a permanecer en Versalles hasta que le faltasen dos meses para dar a luz, ya que de acuerdo a las previsiones, aquella fecha coincidiría muy aproximadamente con el final de la conferencia. La decisión de aceptar aquel particular trabajo provenía de las fuertes diferencias conyugales de los últimos tiempos con su marido, Paul Dukas.

Desde que era una niña, Selma había tenido gran facilidad para los idiomas. Hablaba el griego, su idioma natal en el que se dirigía a su madre, el alemán por su padre, el turco, el sefardí y algo de yiddish, idiomas locales en Tesalónica entre la importante comunidad judía que residía en aquella ciudad, además del inglés, el francés y el ruso, estos últimos por exigencia familiar. Selma había permanecido un año en París y dos en Viena, en ambas ciudades en casa de parientes de su padre. Aquel bagaje la había convertido en una persona abierta, dispuesta a todo, con ganas de seguir aprendiendo y conocer el mundo. Sus ojos claros y su cabello castaño claro, herencia de su padre, la ayudaron a integrarse.

Sin embargo aunque hacia unas semanas que sentía molestias, no podría marcharse de un día para otro y abandonar la escena como si nada. A lo largo de aquellos largos y ajetreados días en Versalles, el primer ministro Venizelos, que se sentía responsable de su traductora, se dio cuenta de su enorme voluntad y su tesón por hacer las cosas lo mejor que podía, lo que le agradecía otorgándole un trato muy cercano y cordial. No solamente él, pues Selma intervino en la mayoría de las conversaciones oficiales y privadas que tuvieron lugar entre el ministro griego y el presidente americano Woodrow Wilson, también en las que ambos mantuvieron en conjunto con George Clemenceau, el jefe de gobierno francés.

Poco a poco, Selma Dukas fue destacando entre el resto de los traductores, su carácter conciliador que parecía facilitar siempre las cosas, además de la forma en que se expresaba quitando hierro a los más complejos asuntos. Se convirtió muy pronto en alguien indispensable y en la traductora favorita; al menos para aquellos tres relevantes personajes, que consideraban imposible que ningún otro traductor la sustituyera en unos días tan tensos y complicados.

Llegó a pensar que, si la conferencia se alargaba más de la cuenta, le resultaría imposible decirles que se volvía a casa en Viena para tener a su hija, ya que Selma estaba convencida de que sería una niña. Jacques, el primogénito, había quedado al cuidado de sus abuelos maternos, mientras ella decidía lo que iba a hacer con su matrimonio.

Mantecía una cercana y cálida relación con Venizelos. Al inicio de la conferencia nadie había concedido un papel importante a aquel hombre que poco a poco se fue ganando el respeto de los demás participantes, al mostrar un carácter coherente y cordial con sus colegas, sin ningún complejo cuando tenía que discutir con el abierto y dialogante presidente Woodrow de los Estados Unidos o con el duro y obstinado Clemenceau, el jefe de gobierno francés.

Selma notó enseguida que cuando ella llegaba los tres grandes hombres se incorporaban, como si se tratase de alguien mucho más importante que una traductora. Selma poseía unos bellos ojos, vestía con sencilla elegancia y tenía un impecable acento fuera el que fuese el idioma en que se dirigiese a su interlocutor. Con Wilson era capaz de pasar sin esfuerzo aparente desde el inglés académico de Oxford, en que ella se expresaba, al acento sureño de Virginia de donde él procedía. Lo hacía con tanta gracia y tal facilidad que desde el primer día aquel hombre se sentía como atendido por alguien de su propio equipo, como si ella lo hubiese acompañado desde Staunton, su ciudad natal, a Versalles. Cuando Selma escuchaba hablar un rato a alguien, era capaz de imitar su acento sin esfuerzo alguno, sabiendo que aquello la acercaba más aún a la realidad de lo que aquél pretendía expresar.

Los tres políticos que llevaban el peso de la larga conferencia la echaron de menos en el momento culminante, cuando se estaba procediendo a la firma del tratado en el Salón de los Espejos de Versalles, a última hora de la mañana del 28 de junio de 1919, mientras ella, agotada por el parto y asistida por la comadrona del pueblo, observaba a su preciosa hija recién nacida en el dormitorio de la vieja casa de Ville d'Avray, donde había alquilado dos habitaciones para su estancia durante aquellos meses, y que se había convertido en un hogar.

Cuando unas horas más tarde Venizelos se enteró de lo sucedido —ya que ella envió al taxista para que avisara—, le mandó un ramo de flores y una nota agradeciéndole todo lo que había aportado a lo largo de aquellos meses. Después Venizelos lo comentó con el que ya consideraba su amigo, Woodrow Wilson, quien tomó la decisión de tener un detalle con aquella gentil dama que tanto había colaborado, y le pidió a su secretario que redactara un acuerdo presidencial para conceder la ciudadanía norteamericana al recién nacido. Tuvieron que averiguar las circunstancias enviando a Ville d'Avray a un oficial de la marina que servía de enlace, para que se enterara del nombre y demás datos necesarios. Esther Dukas fue inscrita como ciudadana americana en la embajada de los Estados Unidos en París. George Clemenceau, al enterarse, no quiso ser menos, ya que a fin de cuentas aquella niña había nacido en Francia y, tras consultarlo con uno de los abogados del estado que le asesoraban durante la conferencia, también le otorgó la nacionalidad francesa. La niña poseería la triple nacionalidad, austríaca, norteamericana y francesa, que no eran incompatibles. En aquel momento no parecía más que una anécdota, un cariñoso detalle con Selma Dukas. Nadie podía imaginar que, muchos años más tarde, aquello influiría de manera decisiva en la vida de Esther Dukas. Selma transmitió a su familia en Viena el nacimiento de Esther por telegrama. Aunque la guerra había interrumpido por algún tiempo las transmisiones, para mediados de 1919 el cuerpo de correos y telégrafos volvía a funcionar con normalidad en Europa central.

El padre de la niña y esposo de Selma, el doctor Paul Dukas, recibió el telegrama sin demasiado entusiasmo, ya que aquella

noticia le obligaba a viajar a París, salvo que tomara la decisión de separarse definitivamente de su mujer. Ambos llevaban meses intentando mantener la situación, aunque en aquellos momentos eran conscientes de que todo había terminado entre ellos. Paul estaba conviviendo los últimos meses con Eva Gessner, una atrevida dama alemana que residía en Viena, de la que creía estar profundamente enamorado; y en los últimos tiempos no hacía demasiados esfuerzos por ocultar el escándalo. Aquel era el motivo principal por el que el niño permanecía en casa de sus abuelos maternos.

David Goldman y su esposa Rachel, judíos practicantes, se consideraban austríacos a todos los efectos aunque seguían manteniendo sus principios como integrantes de la comunidad judía de Viena. Ambos intentaron oponerse sin éxito al matrimonio de su hija Selma con Paul Dukas, al que ya no podían considerar miembro de la comunidad judía a causa de la conversión al cristianismo de la familia Dukas. Habían advertido a su hija de las dificultades a las que se enfrentaría. Las circunstancias parecían darles finalmente la razón.

David Goldman, vienes de tercera generación, de familia culta y bien situada, hombre observador, doctor en filosofía e investigador de la cultura hebrea en Europa, a sus cincuenta y cuatro años estaba de vuelta de la soberbia humana. Pensaba con cierta amargura que a su yerno se le había subido el éxito a la cabeza, y que como otros matrimonios, el de su hija Selma con aquel reputado psiquiatra, estaba atravesando una seria crisis que probablemente terminaría en ruptura matrimonial. Cuando Selma se presentó a la selección para traductores de la comitiva griega durante la Conferencia de Versalles, donde se iban a dilucidar las responsabilidades y el futuro de los contendientes en la Gran Guerra, supo que su hija aprovecharía aquella oportunidad para demostrar su independencia, y que su marido no se atrevería a impedirselo, sabiendo que tal decisión le costaría el divorcio.

Goldman consideraba a su yerno un hombre inteligente y capaz, también alguien extremadamente ambicioso. La familia Dukas había abandonado la religión judía, convencida de que la conversión era el único camino para la total integración y poder

así conseguir el éxito económico y social. Él sabía muy bien que la mayoría de las veces aquella decisión no era más que un falso espejismo. De todo lo que poseía, su mayor tesoro era un ejemplar del Talmud Babli, Maseket Shabbat, editado en Viena en 1830 por Schmid. A él acudía de tanto en tanto cuando tenía cualquier duda, aquel Talmud de Viena contenía la filosofía que había impartido a su familia. Incluso Rachel se sabía trozos de memoria.

Paul Dukas se consideraba un hombre adelantado a su época, con sólo treinta y nueve años, su fama de inteligente y excéntrico psiquiatra le precedía. Su elegancia natural y su indudable éxito profesional le habían creado una aureola de la que no iba a desprenderse por una rabieta. Goldman supo que su yerno, prudentemente, no hizo ningún comentario a la decisión de su mujer de marcharse a París una temporada, ni al hecho de que su hijo tuviera que permanecer durante aquellos meses con ellos. Jacques, con apenas dos años, estaba acostumbrado a pasar los fines de semana con sus abuelos y la situación no le supuso ningún trauma. No pudo evitar pensar con cierta amargura que tampoco para su padre, ya que en todo caso a Paul Dukas la situación le proporcionaba una total libertad, con Eva Gessner entrando y saliendo a su antojo de su piso, sin tener que ocultarse ni necesidad de dar explicaciones.

David Goldman pensaba con frecuencia en la historia de su familia, asentada en Viena desde principios del siglo pasado. Habían ido ascendiendo con rapidez en la escala social y estaban colaborando de manera muy directa en transformar la ciudad en una moderna urbe como correspondía al nuevo siglo. Sus primos hermanos, por la rama Goldman, habían edificado el más influyente centro de moda en la ciudad, un importante y polémico edificio en el mismo corazón de Viena. La mayoría de los miembros de su familia eran unos privilegiados, no tenían motivo de queja. Aunque en determinados momentos los miembros de la comunidad hebrea tuvieran que tragar algún sapo, no iba a amargarles la existencia. David creía estar de vuelta de muchas cosas, consciente de que la envidia era muy mala consejera, y también de la cantidad de miembros de la comunidad hebrea que sobresalían

intelectualmente. Comprendía que no resultaba fácil para una sociedad acostumbrada a dirigir el mundo, como la vienesa, que los judíos se abrieran paso con tanta facilidad en cualquier profesión, ya fuera como comerciantes, financieros, abogados, profesores universitarios, médicos, científicos, marchantes de arte, artistas o músicos. ¡Ah, y qué músicos! Ahí estaba sin más la brillante dinastía de los Strauss, ya austríacos de honor sin discusión, pero de incuestionable origen hebreo, estigma que los vieneses pretendían ocultar. Por no hablar de Mendelssohn, de Gustav Mahler y tantos otros.

O el mismo Sigmund Freud, en aquellos momentos el más afamado y brillante médico psiquiatra de Europa, por mucho que ello disgustara a su yerno, o a él mismo que tampoco estaba de acuerdo con sus complejas teorías. El Dr. Freud sólo debía ser cinco o seis años menor que él. Pretendía haber descubierto que el mundo giraba alrededor del sexo, como si aquello fuese algo nuevo y no lo hubiera dejado muy claro el propio Talmud. Aunque para él, que otro judío moravo viniese de nuevo con aquella historia del sexo no tenía nada de particular.

Entre sus pecados de juventud, David escondía su afición al sexo, lo que ya a las puertas de la vejez le parecía algo incomprensible. Siempre pensaba en aquellos lejanos días, cuando estudió la carrera de filosofía en Berlín, en los que, además de muchas aventuras de las que prefería olvidarse, sin desearlo había tenido una hija con una joven alemana. El nombre de su hija natural, con la que nunca había mantenido la más mínima relación, era Ilse Wilhelm, ya que llevaba el apellido de su madre, Charlotte Wilhelm.

Después de tanto tiempo intentando ocultárselo a su hija aquello ocasionó una crisis familiar, cuando un día, Selma, que tenía entonces diecinueve años, encontró en el buró en el que él guardaba sus papeles la dirección de Charlotte Wilhelm y unas viejas cartas. Aquello la dejó sin saber qué pensar, pero no comentó nada. Unos meses después, aprovechando un viaje universitario a Berlín, sin advertírselo, Selma fue a intentar dar con la que según aquellas cartas debía ser su hermanastra. La joven Ilse era unos cinco años mayor y cuando Selma la abordó en la calle y le dijo que tenía que hablar con ella de algo muy importante, Ilse Wil-

helm se quedó tan sorprendida que no supo reaccionar. Se sentaron en un banco en Unter den Linden. Selma le explicó quién era y cómo había descubierto que ella era su hermanastra. Ilse Wilhelm se quedó mirándola muy nerviosa y solo acertó a replicar.

—¿Tú padre es el judío Goldman? ¡De qué me estás hablando, yo no tengo nada que ver con ese hombre! ¡Mi madre me explicó que cuando era joven estuvo saliendo con un judío con ese nombre sin saber entonces que lo era! ¡Para que te quede claro, debes saber que mi padre, ya fallecido, era un prusiano de Hamburgo!

Sin más explicaciones, la muchacha se levantó aparentemente muy ofendida y se alejó, dejando a Selma sin comprender nada. Cuando Selma volvió a Viena no quiso ocultárselo a su padre y le contó lo que había pasado. David, un tanto avergonzado, tuvo que aceptar que era cierto, y le confesó que efectivamente tenía la convicción de que aquella muchacha, Ilse Wilhelm, era hija suya, en realidad fruto de una aventura juvenil a la que entonces no dio mayor importancia, aunque cuando la mujer con la que había salido, Charlotte Wilhelm, supo que estaba embarazada se puso en contacto inmediatamente con él. Cuando se enteró que él era judío cortó la relación en seco.

Rachel, su esposa, una inteligente sefardí nacida en Tesalónica, entendía la existencia como un proceso inevitable en el que las cosas simplemente sucedían y oponerse a ellas solía complicarlas. Aquella pragmática forma de entender la vida venía desde hacía siglos transmitiéndose a lo largo de generaciones en las familias de sus ancestros, los Safartí, Toledano, y Péres, gentes que sobre todas las cosas valoraban el sentido común. Rachel compartía su opinión en relación con Paul Dukas, aunque era más precavida y prudente que él.

Cuando Selma le contó que se había enamorado de un médico llamado Paul Dukas, ni siquiera hizo el más mínimo comentario sobre lo que pensaba. Selma le explicó entonces que el problema era que Paul no era judío. Rachel no pudo evitar pensar que con aquel apellido, Dukas, indudablemente se trataba de un judío. Asintió sonriendo y le aseguró que se alegraba mucho por ella. Rachel sabía que si en aquel momento le hubiera dicho a Selma

lo que en realidad pensaba, se habría expuesto a perder a su hija para siempre.

## 2.— EL MUNDO DE PAUL DUKAS (VIENA-PARÍS, JUNIO 1919)

El doctor Paul Dukas tomó el expreso a París la misma tarde en que recibió el telegrama de Selma, en el que le comunicaba que había dado a luz a una niña. Ante aquella circunstancia, comprendió que no tenía otra opción, salvo que tomase la decisión de romper su matrimonio definitivamente. Le explicó a Eva Gessner lo sucedido y le dijo que intentaría estar de vuelta lo antes posible. Cuando ella le preguntó con cierta ironía si después de aquello pensaba divorciarse, tal y como le prometía a cada instante, él asintió levemente, consciente de que los gestos comprometían menos que las palabras.

Sentado en su departamento privado en el expreso, Paul pensó en todo lo que le estaba sucediendo, en el inesperado giro que estaba dando su vida, precisamente cuando había creído entrar en una etapa de estabilidad y sosiego familiar. Por ello estaba construyendo en Grinzing una hermosa mansión. Hasta que apareció Eva, pretendía crear un hogar del que sentirse orgulloso, ya que aquello significaba mucho para él, pues no podía olvidar su niñez, cuando aún se llamaba Saúl y sólo era un niño judío en Dubossati, una aldea muy cercana al río Dniéster, en la Besarabia, y su padre, Salomón Dukas, era el médico de la comunidad judía, que apenas ganaba lo suficiente para devolver la deuda que tenía. Su padre decidió emigrar a Leonding, en Austria, ya que allí vivían algunos de sus parientes lejanos con los que se cartaba. Leonding era un pueblo colindante a Linz, tanto que casi se consideraba un barrio de aquella ciudad en el que vivieron tres años. Después se trasladaron definitivamente a Viena.

Admiraba a su padre por haber sabido desprenderse de todo e intentar conseguir lo mejor para su familia, para él. En ocasiones pensaba cómo se sacrificó aquel hombre para lograr que él pudiera estudiar en la universidad, gastando lo que no tenía,

endeudándose para que no le faltase de nada, incluyendo la cara especialidad de neurología y psiquiatría, sin oponerse jamás a sus deseos; aquel muchacho merecía cualquier esfuerzo para que pudiera llegar a lo más alto.

Él le estaba agradeciendo todo aquello, devolviéndoles la fe que habían tenido en él, para que pudieran gozar de los mejores años de su vida en un confortable piso en el centro de Viena, algo que con la jubilación que le hubiera correspondido a su padre como médico rural no habría podido costearse. Sus padres lo tenían por un buen hijo y se lo agradecían de mil maneras. Un día su padre le dijo que había soñado siempre con una casa como la que él se estaba construyendo, un lujo imposible. Que su hijo lo hubiera conseguido era el cumplimiento de su propio sueño.

Cuando a las siete treinta Paul se dirigió al exclusivo vagón restaurante de los Wagon Lits, de primera clase, pensaba en la privilegiada posición social que había alcanzado. Debería ser muy cuidadoso si no quería tener un serio problema en la conservadora sociedad de Viena, en la que se aceptaban los divorcios, a pesar de la frontal oposición de la iglesia. Era algo inherente a la nueva época. Pero no podía dejar de pensar que a pesar de todo, de su éxito profesional, de su nueva posición económica, de su aspecto de triunfador, en el fondo para todos ellos, al menos para la clase de gente que en realidad le importaba y con los que se codeaba cotidianamente, los acomodados burgueses de los barrios residenciales del centro de Viena, solo seguía siendo un judío más. Por mucho que se hubieran convertido al cristianismo, y que nada tuviera que ver con los que seguían asistiendo a la sinagoga, ni con aquellos judíos pobres que malvivían en los barrios periféricos, gentes que caminaban por la ciudad con sus particulares vestimentas y su aspecto exótico que los delataba a distancia. Le ponía nervioso sólo el pensarlo. Él se consideraba el prototipo europeo, con su piel blanca, ojos grises muy claros, cabello castaño cuidadosamente peinado con fijador, manos de largos dedos, y por supuesto los elegantes trajes que vestía siempre, los mejores zapatos, los más caros sombreros a juego. Creía que nada en todo ello hacía pensar en un judío. ¿O sí? Aquella duda permanente le preocupaba. Hubiera querido que nadie conociera

a sus padres en Viena. Y menos aún que lo relacionaran con sus suegros. Le ponía nervioso pensar que en aquellos momentos su hijo Jacques se encontrara en casa de los Goldman. No lo llevarían a la sinagoga, estaba seguro, ya que había sido condición «si ne qua non» para permitirles tener al niño algunos fines de semana, pero no era menos cierto que durante los últimos meses el niño estaba viviendo con dos personas que se consideraban verdaderos judíos, como el ambiente del «shabat» que comenzaría al atardecer del día siguiente. No le hacía ninguna gracia todo aquel asunto, y tampoco quería que el niño repitiese más tarde alguna palabra en yiddish, que su suegro utilizaba de tanto en tanto como gracia. Él lo entendía sin esfuerzo, reminiscencia de su niñez judía en Dubossati.

Mientras entraba en el vagón restaurante pensaba en todo ello como una mácula en su impecable esmoquin. El maître le condujo a una mesa para dos, ya que obligatoriamente se compartían, en la que otro hombre, igualmente trajeado con otro esmoquin, aguardaba a que le llevaran la carta. Hizo una leve inclinación de cabeza y se sentó esbozando una sonrisa de complicidad. No le sonaba aquel rostro. Cuando al presentarse, ambos inclinaron al tiempo la cabeza, escuchó su nombre, Adolf Loos. Se trataba de uno de los más afamados arquitectos de Viena.

Cenaron hablando de los nuevos tiempos y, cómo no, del Tratado de Versalles que acababa de firmarse. Ambos coincidieron en que el resultado era un verdadero desastre para Austria y aún más para Alemania. Loos comentó que la época imperial, ya anacrónica, había acabado. Añadió que él también iba a París para un posible encargo profesional, y cuando Paul le explicó que su viaje se debía a que acababa de ser padre y que iba a Versalles a conocer a su nueva hija. Tras felicitarlo, Loos se mostró sorprendido y muy interesado del papel como traductora de Selma Dukas, ya que tuvo que explicarle los motivos por los que su esposa estaba tan lejos de Viena en el momento del parto. Pareció muy de acuerdo en que el progreso estaba vinculado a la nueva posición que deberían ocupar las mujeres en la vida. Loos era un hombre muy avanzado y coincidieron en muchas cosas. Le habló de su concepto del «raumplan», de la distinta importancia de los

diferentes espacios y usos en los edificios. Luego, le preguntó que le parecía el edificio de la Sastrería Goldman and Salatsch. Paul pudo salir airoso contestando.

—¡Ah! ¡Se refiere usted a la casa Loos! ¡Un verdadero homenaje a su creador! ¡Su casa en Michaelerplatz!

Loos tuvo que aceptar la acertada, punzante y culta respuesta y sonrió. Un rato más tarde ambos se retiraron ya que debían dejar lugar al siguiente turno de cena, el vagón restaurante no permitía más que una corta sobremesa. Intercambiaron tarjetas, y quedaron en llamarse cuando volvieran a Viena.

Mientras Paul se dirigía a su compartimento, pensó que tal vez habría tenido que hablar con aquel arquitecto antes de encargarse del proyecto de su nueva casa, aunque estaba realmente satisfecho del resultado.

Ya en pijama, tumbado en la litera, con el monótono traqueteo que paradójicamente le impedía dormir, pensaba que no había sido capaz de decirle que su suegro era David Goldman, pariente cercano de los promotores de aquel polémico edificio, y uno de los accionistas, ya que ello hubiera sido como mencionar que efectivamente estaba emparentado con auténticos judíos, y que por tanto él también era otro judío más de cualquiera de las otras tribus de Israel. ¿No había diseñado también Loos el edificio de la Sastrería Ebenstein? Otro sastre judío que había sabido triunfar. Los astutos judíos también habían traído la moda a Viena. De hecho habían fundado «La corporación de sastres vieneses», y ellos eran los que traían la última moda de Londres y de París, los que organizaban los pases de modelos, los que imprimían las revistas de moda, y los que dictaban lo que las damas y caballeros de la elegante y sofisticada Viena vestirían y calzarían la próxima temporada.

Paul Dukas sabía que tendría que convivir con ello toda su vida, aunque no terminaba de aceptarlo. En Viena, donde habitaban judíos de todas las clases sociales, los austríacos de sangre germana aceptaban a regañadientes la situación, aunque era cierto que sabían distinguir entre unos y otros. Cuando se cruzaba por la calle con verdaderos judíos, vestidos como tales, no

quería emplear el término «disfrazados de judíos,» ni siquiera volvía la cabeza, sólo miraba fijamente al frente y seguía su camino. El tema de sus suegros era algo que no terminaba de aceptar, y por supuesto una de las causas de la incómoda situación con Selma, harta de que se refiriera a ellos empleando lo que ella definía como un tono de superioridad.

No paraba de darle vueltas a la cabeza a su relación con Sigmund Freud, con el que mantenía un absoluto enfrentamiento intelectual. Desde que leyó sus primeros textos, Paul tenía la certeza de que aquel famoso médico psiquiatra estaba totalmente equivocado, y que por tanto su legado sería nefasto para la credibilidad de la psiquiatría. No quería decir «psiquiatría judía», aunque no podía evitar pensarlo. Él no creía en el exótico diván cubierto de alfombras turcas y persas del que tanto se hablaba en toda Viena, del ambiente cargado de simbología africana y arte oriental. Tampoco en el psicoanálisis, los complejos infantiles, y menos aún en el sexo como centro del mundo onírico y real. Algunas damas vienesas, cargadas de manías y dinero, iban a conocer al famoso psiquiatra que centraba su diagnóstico en curiosas historias, todas ellas centradas en el sexo. Un sexo explícito que dejaba de ser secreto de alcoba para convertirse en protagonista de la vida y de la mente. Viena era el lugar adecuado para exponer aquellas innovadoras teorías, a las que se había dado una gran acogida cuando el conocido psiquiatra Krafft-Ebbing editó en 1886 sus atrevidas tesis en el libro *Psicopatología sexual*, un volumen que revolucionaba las ideas adquiridas, o cuando el joven y brillante filósofo Otto Weininger editó *Sexo y carácter*, en 1903, otro libro que tuvo una inmediata difusión en la ciudad.

Por experiencia personal Paul sabía lo importante que podía llegar a ser el sexo, no era preciso que nadie se lo recordara. Todo aquel tiempo, mientras Selma andaba por los recargados salones del Trianon, traduciendo las bromas que se gastarían los unos a los otros, y los jugosos comentarios, para Venizelos, Wilson, Clemenceau, Lloyd George y todos los demás, él había aprovechado bien el tiempo, sobre todo las noches, para volver a recuperar el desenfadado espíritu de la juventud, haciendo el amor en todas

las posturas posibles con la atractiva y desinhibida Eva Gessner, que como estudiante en París había aprendido mucho sobre el arte de amar y sus perversas variantes.

Eva le volvía loco. Como psiquiatra era perfectamente consciente de las locuras que un hombre podría llegar a hacer por una mujer, pero Freud había llevado aquel asunto demasiado lejos. La perversa sexualidad infantil. La envidia del pene, el complejo de castración. Para Freud todo se reducía al sexo, y los hipócritas que lo negaban no reconocerían jamás sus propios secretos de alcoba. Temas muy delicados para hablarlos frente a públicos no profesionales, que luego hacían comentarios sobre la procaz sexualidad de los judíos, como había podido escuchar en reuniones en las que no se le tenía por judío, en las que abundaban los chistes fáciles sobre los judíos y el sexo, que pretendían demostrar estereotipos groseros, sabiendo que con ello menospreciaban a un importante grupo de los ciudadanos intelectualmente más señalados de Viena. Tal vez por ello, también él, apurado al entrar en la librería, había comprado y leído en profundidad *La interpretación de los sueños*, el consciente, el inconsciente, los traumas, la represión de determinados sentimientos. En algunas cosas estaba de acuerdo, pero no en lo fundamental. Todo aquello de la fase anal, la fase oral, la fase genital era demasiado evidente, aunque para él la teoría fallaba cuando Freud lo vinculaba permanentemente al incesto, la perversión, los trastornos mentales, aquello que había bautizado como los complejos de Edipo, de Electra, y todo lo demás; temas tan procaces como los conflictos sexuales de la niñez como causa de los trastornos posteriores, el odio hacia el padre, la atracción sexual hacia la madre. ¡Bah! Una teoría brillante y hablando claramente muy comercial, pero que no resistiría el paso del tiempo y el progreso de la psiquiatría. Algunos de los pacientes que a él le llegaban después de un frustrado intento con Freud, explicándole que en modo alguno podían aceptar las repugnantes teorías de aquel doctor, al que más de uno tildaba incluso de farsante, o de excesivamente protagonista, haciéndoles a las damas procaces preguntas que les subían los colores, o investigando extrañas y morbosas vinculaciones eróticas como fondo de sus problemas mentales o los de sus familiares. A la vista de

ello tomó la decisión de incrementar sus honorarios al mismo nivel que el doctor Freud. No quería ni podía ser menos. Él creía en métodos más tradicionales, pero también más efectivos. Después de todo, no podía quejarse.

Sin embargo allí estaba, intentando conciliar el sueño en el expreso de París para conocer a su nueva hija, sabiendo que su matrimonio estaba acabado. No podría asegurar que aquella niña fuera suya, pues, lo mismo que él vivía su vida, tenía la certeza de que Selma le estaba pagando con la misma moneda, aunque no podría asegurarlo. Pensaba en lo que Selma le había contado una vez sobre aquella secreta hermanastra, que según ella, tenía en Berlín. Una confidencia que se le había escapado. Podría recordar incluso su nombre... ¿Ilse Wilhelm? La joven hija de madre soltera, fruto de una tórrida aventura juvenil de David Goldman con una tal Charlotte Wilhelm. Selma le había hecho prometer que no comentaría jamás aquel asunto. Nadie estaba libre de pecado, ni siquiera su suegro, con su aspecto de profesor que nunca había roto un plato.

Viena, que tanto presumía de cosmopolita, era un enorme patio de vecinos en el que todo el mundo se metía en la vida de los demás. A su suegro le habrían llegado rumores acerca de su vida nocturna y su afición por las mujeres. Bueno, pues después de todo, David Goldman tampoco era nadie para dar lecciones de moral.

Si en lugar de encontrarse camino de París, hubiese tomado la decisión de permanecer en Viena, su situación se habría visto por todo el mundo como la ruptura definitiva, y eso habría podido dañar su imagen y la de su familia. Lo prudente por el momento era lo que estaba haciendo, intentar mantener el tipo a toda costa, no perder la cara y sonreír. Sonreír siempre. Más adelante ya pensaría en frío la mejor salida. Aún mantenía la esperanza de que tal vez el tiempo lo arreglara todo. Por su parte, mientras pudiera seguir así, lo prefería a un escándalo que pudiera perjudicar su carrera. Eso hubiera sido una solemne estupidez.